29 de agosto de 2004

EDICIÓN IMPRESA - Colaboraciones

BODAS DE ORO

POR GREGORIO SALVADOR. de la Real Academia Española/

ESTE año se han cumplido, o se cumplen, los cincuenta años de muchas cosas que han tenido que ver con mi vida. Hace menos de un año, a fines del anterior, se cumplieron los de mi doctorado, ya en este los de mi incorporación a la universidad como profesor adjunto por oposición, antes de que concluya se cumplirán los de mi matrimonio. Yo tenía veintisiete años, que son los que tiene ahora esta ex alumna mía con la que estoy cenando, la noche del diez de julio, en un restaurante italiano de la plaza Ñuñoa, en Santiago de Chile. Ella ha iniciado ya su carrera de profesora universitaria y me tiene una cierta devoción. Le digo que es la víspera de mi cumpleaños, que mañana cumpliré los setenta y siete, en vuelo de regreso hacia España, y me pregunta que a qué hora nací. Como tengo entendido que a las cinco de la mañana, me hace ver que, con la diferencia horaria, las cinco de la madrugada van a ser ahora en España, pues son las once menos cinco de la noche en Santiago y estoy a punto de cumplir los años allí, con un día de adelanto en el almanaque. Le hablo de lo que representa medio siglo de vida: el núcleo central y más fecundo en una existencia humana larga y completa, y de ahí el simbolismo y la conmemoración de las bodas de oro de cualquier lejano acontecimiento, de cualquier logro o decisión, que han perdurado vivos y actuantes durante tanto tiempo, con tribulaciones y alegrías, con desdichas y venturas, con arideces y con frutos. Le cuento que, a finales de marzo cumplieron su medio siglo de casados unos cuñados míos, una hermana de mi mujer y su marido, cuya boda se había hecho, entre lutos y dificultades económicas, sin ninguna celebración: la ceremonia religiosa y el trámite civil, con la presencia de algunos hermanos, los que habitaban en el mismo lugar, que actuaron de padrinos y testigos. Ahora sus siete hijos, con sus diez nietos, han querido agasajar a sus padres con el banquete nupcial que nunca tuvieron y con la presencia en él de todos los hermanos y cuñados que sobreviven. Nos avisaron con sigilo, a nuestros más o menos lejanos lugares de residencia, pues esa era la sorpresa que les preparaban a los celebrantes. Una hermosa fiesta familiar, densa de sentimientos, cargada de remembranzas, pletórica de realidades, entreverada de risas desbordantes y de lágrimas difícilmente contenidas. Son esos momentos en que se nos remansa el vivir y hacemos balance de todo lo bueno y lo malo que nos ha ocurrido.

Y ya, a propósito de este tema de las bodas de oro, le hablo de un olvido que me tiene enojado conmigo mismo, contrariado mientras no lo pueda reparar. Ha sido producto de la acumulación de trabajos y obligaciones en las semanas anteriores a mi viaje. Un primo mío cura -sobrino segundo, más bien-, Carlos Fernández Revuelta, celebraba, con solemnidad litúrgica y entrañable adhesión popular, sus bodas de oro sacerdotales, el día 14 de junio en Almería, ciudad donde ha transcurrido toda su existencia y donde ha realizado una intensa labor. Nos había invitado a mi mujer y a mí, casi un mes antes, con una carta en la que comprendía y disculpaba que nos fuese imposible desplazarnos, pero sí nos pedía, en cambio, para la fecha, algunas palabras de aliento y comprensión. La puse en el lugar establecido para las que requieren pronta respuesta, pero se me enredaron de tal modo las actividades, las obligaciones, los requerimientos, que cuando me puse a contestarlas, comprobé con estupor que las bodas de oro de mi pariente habían tenido lugar la semana anterior y que no podría ya sumar mi voz a la de todos aquellos que lo habrían homenajeado en su fiesta. Intenté hablar con él por teléfono, para explicarle lo ocurrido y todas las veces me salía el contestador automático. No quise dejarle recado porque excusarse ante un aparato me parecía fuera de propósito. Y volé a Chile sin haberlo logrado y eso intensificaba la incomodidad íntima que me producía mi incumplimiento, mi inexplicable olvido y la necesidad de repararlo de algún modo: escribiendo algo sobre él y su

generosidad y sus acciones, que juzgo valiosas y encomiables.

Mi discípula me pregunta, en ese instante, si soy creyente. Le digo que no, que más bien me veo como agnóstico, pero sin convertir tal actitud en doctrina, consciente de que la propia experiencia es siempre muy limitada y de que son innumerables las posibles vías del conocimiento. De hecho, si lo pienso bien, lo que verdaderamente me considero es realista: me atengo a las realidades que percibo, a los hechos que efectivamente suceden, a las cosas tangibles. No soy nada quijotesco: procuro no confundir los rebaños con ejércitos ni los molinos de viento con gigantes. ¿Qué puedo yo decir de mi primo Carlos? No voy a entrar a valorar su fe, que es para mí un misterio, como tantas otras cosas; pero sí su entrega a lo que esa fe le dicta, su desinteresada dedicación a sus prójimos más cercanos, sus feligreses. Ha sido muchísimos años párroco de la Chanca, el barrio más pobre de Almería, un barrio de gitanos y de gente mísera y humilde, en lamentable penuria la situación de la mayor parte de las familias, con dudosa reputación en muchos casos. Creó allí una cooperativa de cestería para darles ocupación a los sin oficio y proporcionarles así algunos ingresos honrados; pidió para ellos a los que podían darle y consiguió aliviar, en alguna medida, sus necesidades materiales, los consoló en sus desdichas e infortunios, les buscó trabajo siempre que pudo, llevó a más de uno al buen camino. Ese es el oro de sus bodas: bondad cristiana, bonhomía personal.

Le digo que no está reñido el agnosticismo, que ella me ha declarado compartir, con la sensibilidad cristiana en la que hemos crecido y nos hemos educado. Ahora se discute en la Unión Europea si se menciona o no el cristianismo en el preámbulo de su Constitución. ¿Qué somos en Europa y en esta prolongación americana en que nos hallamos, en el mundo occidental, en una palabra? Somos el resultado del pensamiento griego más el derecho romano más la tradición judeo-cristiana; eso somos y no hay vueltas que darle. Esa simbiosis nos ha traído en unas largas bodas, no de oro sino de siglos y de sangre, de avances y de contradicciones, de luces y de sombras, a esta cultura ampliamente compartida en que vivimos: la del progreso científico, la democracia aceptable y la conciencia moral, seamos cada cual como personalmente seamos. Los movimientos multiculturalistas que ahora prosperan entre nosotros, siniestramente, se me antojan producto de la frivolidad que suele asentarse en la irreflexión y el conocimiento a medias.

Mi gentil interlocutora chilena, Soledad Chávez, que ha oído atenta y con leves gestos de asentimiento mi parrafada, me confirma su acuerdo con casi todo lo que le he expuesto y me hace la salvedad de que ella sí se siente también extremadamente realista, pero le da oportunidades a la imaginación y a la fantasía y vive también en ellas y de ellas. Es natural con su edad, le digo, porque ella tiene que estar proyectando constantemente su vida, encauzándola, y eso requiere prever, imaginativamente, hasta fantásticamente, posibles futuras realidades; pero yo no puedo entrar ya en ese juego, yo soy un hombre del siglo XX que está disfrutando, como añadidura, adicionalmente y gracias a los prodigiosos avances médico-quirúrgicos, de estos primeros años del XXI, pero sin futuro ya, sin nada que imaginar que pueda aún convertirse en realidad, asistiendo a los recuerdos del pasado, a diversas bodas de oro propias o ajenas. El siglo XXI es de ellos, de los jóvenes de su generación o de las inmediatas y será lo que entre unos y otros, desde el trabajo, desde el entusiasmo, desde la buena o mala voluntad, con todos los azares intermedios, consigan que sea. Ella tiene en las manos y en la mente su propia vida y puede anticiparla, imaginativamente, a voluntad y procurar que se realice así. Sé que pasión e inteligencia no le faltan para ello. Yo lo que deseo es que, dentro de cincuenta años, cuando vaya celebrando las bodas de oro de cada uno de los acontecimientos e impulsos de su juventud, le sea el balance muy favorable y siga pensando que pudo aprender algo de mí, y guarde, además, en su memoria el recuerdo de esta tarde que hemos compartido en su propia ciudad, de esta cena y de esta interesante conversación sobre la dilatada extensión de un medio siglo. Así viviré yo a mediados del XXI, de la única manera posible: en el recuerdo vivo de los que alcanzaron a conocerme y a quererme.